



Verdad y Anuncio de la Fe

Parroquia de Nuestra Señora Reina del Cielo

Hoja Semanal * Año «VIII» * nº « 14 » * 12 * Enero * 2014

Evangelio de este Domingo

Jesús se bautizó. Mientras oraba, se abrió el cielo

Lectura del santo evangelio según san Lucas (Lc 3, 15-16 ; 21-22).

En aquel tiempo, el pueblo estaba en expectación, y todos se preguntaban si no sería Juan el Mesías; él tomó la palabra y dijo a todos:

“Yo os bautizo con agua; pero viene el que puede más que yo, y no merezco desatarle la correa de sus sandalias. Él os bautizará con Espíritu Santo y fuego”.

En un bautismo general, Jesús también se bautizó. Y, mientras oraba, se abrió el cielo, bajó el Espíritu Santo sobre él en forma de paloma, y vino una voz del cielo:

“Tú eres mi Hijo, el amado, el predilecto”.

Contenidos de la Hoja Semanal

- Evangelio: Del evangelio de san Lucas (Lc 3, 15-16 ; 21-22).
- Magisterio: Evangelización del mundo contemporáneo (35).
- Tradición: S. Agustín: “El doble precepto de la caridad”.
- Al Sº Verdad: Renovación del encuentro con la Faz de Cristo resucitado (y 2).

>> Visite nuestra Web: www.reinacielo.com

El Magisterio de la Iglesia: Exhortación Apostólica de S.S. Pablo VI

"Evangelii Nuntiandi"

La evangelización del mundo contemporáneo (35)

VII. EL ESPÍRITU DE LA EVANGELIZACIÓN

Exhortación Apremiante

74. No quisiéramos poner fin a este coloquio con nuestros hermanos e hijos amadísimos, sin hacer una llamada referente a las actitudes interiores que deben animar a los obreros de la evangelización. En nombre de nuestro Señor Jesucristo, de los Apóstoles Pedro y Pablo, exhortamos a todos aquellos que, gracias a los carismas del Espíritu y al mandato de la Iglesia, son verdaderos evangelizadores, a ser dignos de esta vocación, a ejercerla sin resistencias debidas a la duda o al temor, a no descuidar las condiciones que harán esta evangelización no sólo posible, sino también activa y fructuosa. He aquí, entre otras las condiciones fundamentales que queremos subrayar.



Bajo el aliento del Espíritu

75. No habrá nunca evangelización posible sin la acción del Espíritu Santo. Sobre Jesús de Nazaret el Espíritu descendió en el momento del bautismo, cuando la voz del Padre —**“Tú eres mi hijo muy amado, en ti pongo mi complacencia”**— manifiesta de manera sensible su elección y misión.

Es “conducido por el Espíritu” para vivir en el desierto el combate decisivo y la prueba suprema antes de dar comienzo a esta misión. “Con la fuerza del Espíritu” vuelve a Galilea e inaugura en Nazaret su predicación, aplicándose a sí mismo el pasaje de Isaías: “El Espíritu del Señor está sobre mí”. “Hoy —proclama El— se cumple esta Escritura”. A los Discípulos, a quienes está para enviar, les dice alentando sobre ellos: “Recibid el Espíritu Santo”.

En efecto, solamente después de la venida del Espíritu Santo, el día de Pentecostés, los Apóstoles salen hacia todas las partes del mundo para comenzar la gran obra de evangelización de la Iglesia, y Pedro explica el acontecimiento como la realización de la profecía de Joel: “Yo derramaré mi Espíritu”. Pedro, lleno del Espíritu Santo habla al pueblo acerca de Jesús Hijo de Dios. Pablo mismo está lleno del Espíritu Santo ante de entregarse a su ministerio apostólico, como lo está también Esteban cuando es elegido diácono y más adelante, cuando da testimonio con su sangre. El Espíritu que hace hablar a Pedro, a Pablo y a los Doce, inspirando las palabras que ellos deben pronunciar, desciende también “sobre los que escuchan la Palabra”.

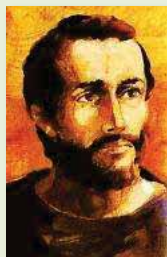
“Gracias al apoyo del Espíritu Santo, la Iglesia crece”. Él es el alma de esta Iglesia. Él es quien explica a los fieles el sentido profundo de las enseñanzas de Jesús y su misterio. Él es quien, hoy igual que en los comienzos de la Iglesia, actúa en cada evangelizador que se deja poseer y conducir por El, y pone en los labios las palabras que por sí solo no podría hallar, predisponiendo también el alma del que escucha para hacerla abierta y acogedora de la Buena Nueva y del reino anunciado.

(Continúa la próxima semana)

Perlas de nuestra Tradición: **San Agustín:**

“El doble precepto de la caridad”

Lleno de amor ha venido a nosotros el mismo Señor, el maestro de la caridad, y al venir ha resumido, como ya lo había predicho el profeta, el mensaje divino, **sintetizando la ley y los profetas** en el doble precepto de la caridad. Recordad conmigo, hermanos, cuáles sean estos dos preceptos. Deberíais conocerlos tan perfectamente que no sólo vinieran a vuestra mente cuando yo os los recuerdo, sino que deberían estar siempre como impresos en vuestro corazón. **Continuamente debemos pensar en amar a Dios y al prójimo:** A Dios con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente; y al prójimo como a nosotros mismos.



Éste debe ser el objeto continuo de nuestros pensamientos, éste el tema de nuestras meditaciones, esto lo que hemos de recordar, esto lo que debemos hacer, esto lo que debemos conseguir. El primero de los mandamientos es el amor a Dios, pero en el orden de la acción debemos comenzar por llevar a la práctica el amor al prójimo. El que te ha dado el precepto del doble amor en manera alguna podía ordenarte amar primero al prójimo y después a Dios, sino que necesariamente debía inculcarte primero el amor a Dios, después el amor al prójimo. Pero piensa que tú, que aún no ves a Dios, merecerás contemplarlo si amas al prójimo, pues amando al prójimo purificas tu mirada para que tus ojos puedan contemplar a Dios; así lo atestigua expresamente san Juan: **Quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve.**

Escucha bien lo que se te dice: ama a Dios. Si me dijeras: «Muéstrame al que debo amar», ¿qué podré responderte sino lo que dice el mismo san Juan: **Nadie ha visto jamás a Dios?** Pero no pienses que está completamente fuera de tu alcance contemplar a Dios, pues el mismo apóstol dice en otro lugar: **Dios es amor y quien permanece en el amor permanece en Dios.** Por lo tanto, ama al prójimo y encontrarás dentro de ti el motivo de este amor; allí podrás contemplar a Dios, en la medida que esta contemplación es posible.

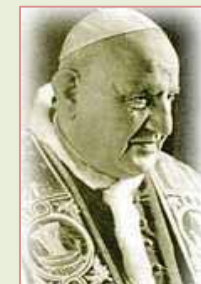
Empieza, por tanto, amando al prójimo: **Parte tu pan con el que tiene hambre, da hospedaje a los pobres que no tienen techo, cuando veas a alguien desnudo cúbrelo, y no desprecies a tu semejante.** ¿Qué recompensa obtendrás al realizar estas acciones? Escucha lo que sigue: Entonces brillará tu luz como la aurora. Tu luz es tu Dios, él es tu aurora, porque a ti vendrá después de la noche de este mundo. Él, ciertamente, no conoce el nacimiento ni el ocaso, porque permanece para siempre.

Amando al prójimo y preocupándote por él, progresas sin duda en tu camino. Y ¿hacia dónde avanzas por este camino sino hacia el Señor, tu Dios, hacia aquel a quien debemos amar con todo el corazón, con toda el alma y con toda la mente? Aún no hemos llegado hasta el Señor, **pero al prójimo lo tenemos ya con nosotros.** Preocúpate, pues, de aquel que tienes a tu lado mientras caminas por este mundo y llegarás a aquel con quien deseas permanecer eternamente.

Al Servicio de la Verdad: **Juan XXIII, el Papa Bueno (5).**

La renovación del encuentro con la faz de Cristo resucitado (y 2).

“¿Qué otra cosa es, en efecto, un Concilio Ecuménico sino la renovación del encuentro con la faz de Cristo resucitado, rey glorioso e inmortal, radiante sobre la Iglesia toda, para salud, para alegría y para resplandor de los hombres?” Juan XXIII.



Ya hemos visto cómo S.S. Juan XXIII, mostrando una vez más su paternal bondad (y una gran energía y vitalidad) convocó el Concilio Vaticano II el 25 de enero de 1959, sin previo aviso, bajo la inspiración del Espíritu y por su humilde y ferviente deseo de ser un buen **“párroco del mundo”**: **la Iglesia entera habría de reflexionar sobre sí misma y la forma de responder a las necesidades de todos los hombres y mujeres en un mundo en cambio que se aleja cada vez más de Dios** (¿el papa Francisco no está en lo mismo?).

El mismo definió el espíritu de su misión con el término **“aggiornamento”**, que significa **“puesta al día”**, por eso el objetivo del Concilio debía preparar a la Iglesia y su respuesta evangélica a las exigencias del presente, con nuevas formulaciones de la misma fe de siempre, tanto a los cristianos como al mundo entero, en la tarea de dar testimonio de Jesucristo. Pero la apertura eclesial al mundo, que también reflejan con claridad sus encíclicas, no significaba en absoluto ceder en las verdades de fe, ya que **«esta doctrina es, sin duda, verdadera e inmutable, y el fiel debe prestarle obediencia, pero hay que investigarla y exponerla según las exigencias de nuestro tiempo. Una cosa, en efecto, es el depósito de la fe o las verdades que contiene nuestra venerable doctrina, y otra distinta es el modo como se enuncian estas verdades, conservando, sin embargo, el mismo sentido y significado»**. El objetivo era tan ambicioso como complejo y los preparativos no lo serían menos; por eso el Papa requería de todos: **“No dudamos al decir que nuestras diligencias y estudios para que el Concilio sea un gran evento, podrían volverse inútiles, si el esfuerzo colectivo de santificarnos fuera menos acorde y menos decidido”**.

El 11 de octubre de 1962, por fin, abrió la gran cita conciliar, a la que acudieron participantes de los cinco continentes (menos de la mitad europeos y sólo una quinta parte italianos) y observadores de las iglesias no católicas. Las sesiones trataron sobre cinco temas: **reformas litúrgicas** (por ejemplo, la introducción de las distintas lenguas en sustitución del latín), **la revelación**, los **medios de comunicación**, las **iglesias ortodoxas** y la **estructura de la Iglesia**. ¿Se puede enfrentar un reto así sin la fuerza del Espíritu y sin una gran determinación, energía y vitalidad personales?

Clausuró la primera sesión el 8 de diciembre de 1962. La segunda, ya sería abierta por su sucesor Pablo VI.